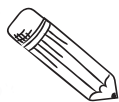


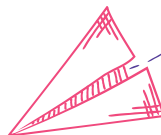


DOSSIER

Vidas, viajes y maestros:



encuentros en el
microcentro rural



Institución Educativa
Escuela Normal Superior de Abejorral
2025



Educación



DOSSIER

Vidas, viajes y maestros:

 *encuentros* en el 
microcentro rural 

AUTORES

Carolina Ruiz Pérez
Leo Alexánder Vargas Cardona
Julieth Fernanda Mazo Uribe
Elsa Yaneth Jaramillo Arias
Estrella Londoño Marín
Yennis Eugenia Ciro Restrepo
Carlos Mario Marulanda Arroyave
Liliana López Montoya
Mary Luz Gómez Gómez
Mónica Andrea García Castro
Alba Azucena López Giraldo
Yasmín Elena García Chica
María Consuelo Ospina
Tatiana Betancur Carvajal
Fabián Alonso Pérez Ramírez

EDITORES

Elkin Ríos-Osorio
Fabián Alonso Pérez Ramírez

Universidad Católica de Oriente
UCO

Institución Educativa
Escuela Normal Superior de Abejorral
2025



Educación

Catalogación en la publicación - Universidad Católica de Oriente

Dossier Vidas, viajes y maestros: encuentros en el microcentro rural / Editores Elkin Ríos-Osorio y Fabián Alonso Pérez Ramírez . -- Rionegro (Antioquia): Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente, 2025.
68 páginas: fotografías en blanco y negro, 24 cm.
Referencias bibliográficas página 65.

ISBN 978-628-7767-23-2

eISBN 978-628-7767-24-9

1.Educación rural -- Descripciones y viajes -- Antioquia, Colombia 2.Formadores de docentes - Investigaciones -- Antioquia, Colombia 3.Alfabetización (Educación) -- Descripciones y viajes -- Antioquia, Colombia i.Ríos-Osorio, Elkin (editor) ii.Pérez Ramírez, Fabián Alonso (editor - autor) iii.Pérez Ruiz, Carolina (autora) iv.Vargas Cardona, Leo Alexander (autor) v.Mazo Uribe, Julieth Fernanda (autora) vi.Jaramillo Arias, Elsa Yaneth (autora) vii.Londoño Marín, Estrella (autora) viii.Ciro Restrepo, Yennis Eugenia (autora) ix.Marulanda Arroyave, Carlos Mario (autor) x.López Montoya, Liliana (autora) xi.Gómez Gómez, Mary Luz (autora) xii.García Castro, Mónica Andrea (autora) xiii. López Giraldo, Alba Azucena (autora) xiv.García Chica, Yasmín Elena (autora) xv.Ospina, María Consuelo (autora) xvi.Betancur Carvajal, Tatiana (autora) xvii. Universidad Católica de Oriente. Facultad de Educación xviii.Colombia. Escuela Normal Superior de Abejorral xix.Colombia. Ministerio de Educación

371.7110986126 23

Archivo descargable en formato MARC en:

<https://tinyurl.com/uco0064>



Dossier

Vidas, viajes y maestros:
encuentros en el microcentro rural

Autores

Carolina Ruiz Pérez
Leo Alexander Vargas Cardona
Julieth Fernanda Mazo Uribe
Elsa Yaneth Jaramillo Arias
Estrella Londoño Marín
Yennis Eugenia Ciro Restrepo
Carlos Mario Marulanda Arroyave
Liliana López Montoya
Mary Luz Gómez Gómez
Mónica Andrea García Castro
Alba Azucena López Giraldo
Yasmín Elena García Chica
María Consuelo Ospina
Tatiana Betancur Carvajal
Fabián Alonso Pérez Ramírez

Editores

Elkin Ríos-Osorio
Fabián Alonso Pérez Ramírez

ISBN impreso: 978-628-7767-23-2

ISBN digital: 978-628-7767-24-9

Material realizado con
fines educativos
© Universidad Católica de Oriente

Corrección de estilo, diseño,
diagramación e impresión
Divegráficas S.A.S
www.divegraficas.com
Editado por

Fondo Editorial
Universidad Católica de Oriente
Sector 3, Carrera 46 n.o 40B-50
Rionegro (Antioquia)
fondo.editorial@uco.edu.co



Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente y del Grupo de Investigación Servicio Educativo Rural -SER.

Este libro fue financiado por el Ministerio de Educación Nacional (MEN). Las ideas y opiniones expresadas en este son exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen al Ministerio de Educación Nacional, a la Escuela Normal Superior de Abejorral ni a la Universidad Católica de Oriente.

CONTENIDO

I Trama y urdimbre	5
II Vidas, viajes y maestros: <i>encuentros</i> en el microcentro rural	13
Referencias	63



I Trama y urdimbre



Abejorral (Antioquia, Colombia)

Fuente: Astrid Helena Tabares Palacio (2024).

Trama y urdimbre



Uno mismo es el gran asunto del viaje.
Uno mismo, y nada más. O poco más.
Hay pretextos, ocasiones, cantidad de
justificaciones,
ciertamente, pero, de hecho,
nos ponemos en marcha movidos solamente
por el deseo de partir a nuestro propio encuentro.

Teoría del viaje, Onfray (2018, p. 87).

Vidas, viajes y maestros: encuentros en el microcentro rural es como el camino de herradura hecho a trocha, pantano, piedras y peñas que, al recorrerlo, nos descubre fugaces, contingentes, seres de un día (Ruiz Pérez, pp. 15-17). Transitando caminos angostos y rocosos, nos asomamos a precipicios latentes mientras giramos en curvas cerradas; los derribes y las adversas condiciones climáticas nos acompañan; en lo profundo de las colinas verdes de la tierra fría donde el aire fresco sopla a través de los árboles, se viven los días más inesperados... días que se hacen libro. En el prólogo de “El jardín de senderos que se bifurcan” (1941), en *Ficciones*, Borges (1998) lo expresa bellamente:

Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario (p. 12).

Esta cita borgiana nos recuerda que hay algo de disparatado en la empresa de componer un libro. Ahora bien, es todavía más desatinado brindar un comentario de aquellos libros que aún no se han escrito y que es preciso declararlos

inexistentes materialmente, aunque estén presentes en su fina elaboración en la cabeza del escritor, de los escritores. Este *Dossier* es ambas cosas. La voz *dossier* viene del francés y hace referencia, en el siglo XVII, a un respaldo documental como resultado de la unión de varias hojas por medio de un lomo o legajo.

El término fue mutando hasta convertirse, en el siglo XX, en un conjunto de documentos o expedientes, a veces secretos, otras públicos, hasta que en el mundo de las editoriales y revistas alcanzó su reconocimiento en tanto números especiales dedicados a temáticas muy particulares, como es el caso de este *Dossier*, que recoge testimonios de maestros alrededor de sus experiencias en la educación rural, capaces de forjar lenta y meditadamente un fino hilo de reflexiones pedagógicas tal y como nos lo recuerda Santoni (1996) en su inolvidable *Nostalgia del maestro artesano*:

Existe un hilo que ata el desarrollo de la pedagogía de los últimos dos siglos aproximadamente, un hilo muy importante: *la nostalgia de la formación artesanal*. No dije un hilo rojo ni vistosamente coloreado, porque en realidad ese hilo hasta ahora no se ha vuelto evidente; más aún, me parece que se ha ignorado por completo. Por lo tanto, más bien diría un hilo invisible (p. 51).

Y este placer de la regresión, en virtud de la cual se ve aparecer y desaparecer el hilo esclarecido por Ariadna, nos libera del laberinto tejido al interior. En el viaje concentrábamos la mirada en el largo y difícil trayecto, mientras inadvertidamente se nos escapaba de vez en vez el milagroso paisaje que, con su impredecible forma de presentarse, cada tanto nos conmovía abriéndonos sus secretos y nos sacaba del arduo trayecto. Contemplar estos paisajes era simultáneamente vernos a nosotros mismos, grises, lluviosos, melancólicos... las nubes en nuestros corazones no dejaban entrever los prodigiosos senderos que se bifurcan.

De nuevo Borges (1998) viene a nosotros y nos refiere “la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurará los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores — a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal” (pp. 13-14); esta forma de narrativa promueve en nuestro colectivo de maestros el paso de la primera persona del singular al plural.

Lo puesto en juego aquí son los testimonios de las vidas que se hacen a partir de los viajes, así como de los viajes que han configurado nuestras vidas y que, al mismo tiempo, nos han constituido en maestros en medio de nuestros recodos. Todo esto a través del principio de la *memoria imaginada* que orientó el ejercicio escritural. Veamos en mayor detalle a qué nos referimos:

Un principio generador de la escritura que denominamos *memoria imaginada*. Estas narrativas recuperan la memoria de lo vivido para volverlo experiencia, pero dicha memoria es posible por la activación de la imaginación que aglutina, recrea y expresa cada vez y de manera diferente su propia narración. Además, dicho principio generador, la *memoria imaginada*, se sostiene en el tiempo escritural vía las interdependencias, luchas y negociaciones entre la memoria individual y la memoria colectiva (Ortega Madrid & Pérez Ramírez, 2020, p. 114).

Así las cosas, habla un yo que es un nosotros. Poco a poco fuimos descubriendo el fascinante y difícil mundo que encierra la educación rural, en el que se entretujan las relaciones con el territorio, promoviendo un entramado de recuerdos, saberes culturales, comunitarios, naturales, espirituales e imaginados. Este camino manifiesto, en el instante en que decidimos recorrerlo, muestra obstáculos en forma de abismos insondables. Se asoma sin sigilo el miedo solapado, se hace presente el riesgo en todo su esplendor impidiendo que avancemos, que continuemos en

ese presente puro aleccionador de los hechos que adjetiva. Con todo esto, se nos presentaba Cortázar (2008) con su memorable *Rayuela*, en medio del salto al cielo que flotaba en la plenitud del ocaso:

Qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos, un diccionario de caras y días y perfumes que vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso, adelantándose solapados a la cosa en sí, al presente puro, entristeciéndonos o aleccionándonos vicariamente (p. 106).

Y mientras el mundo seguía su curso, Londoño Marín (pp. 25-30) nos describía sentados en una esquina del comedor de cemento escuchando el río, mirando las montañas que nos rodeaban, creando un laberinto desde el cual cada uno en silencio seguía buscando el hilo invisible que nos guiaba. Es difícil describir la presión en el pecho y la ansiedad de no querer que la noche llegará (Londoño Marín, p. 26). Y en el intento inesperado cada vivencia alimentándose en busca del sueño que tocaba a la puerta, antes de irse con nosotros.

Todo esto nos aclaraba que ser maestros es fruto de una razón sensible donada al sueño antropológico. Y en ese camino nos fuimos configurando como una comunidad, como un cuerpo que iba encontrando esa *declamación muda* de la que nos habla Bachelard (2002) en *El aire y los sueños*

Y si se prestara mayor atención a la exuberancia poética, a todas las formas de la dicha de hablar dulcemente, rápidamente, gritando, murmurando, salmodiando... se descubriría una increíble pluralidad de alientos poéticos. Lo mismo en la fuerza que en la dulzura, en la cólera poética que en la ternura (p. 294).

Sí, ahí estábamos, cada uno de nosotros conformando en silencio una cofradía hecha de una pluralidad de alientos, que constituía el microcentro rural. Porque si bien se es maestro por decisión necesaria, el contexto y la forma de configurarnos a nosotros mismos definen el tipo de maestro que somos. La llegada a la ruralidad la recordamos con intenso miedo, ardua confrontación, permanente conflicto y como un momento fundacional de transmutación de lo que éramos, entonces, sin retorno.

Bien nos cuenta García Márquez (2004) en *Cien años de soledad* que “todo lo escrito era irrepetible desde siempre y para siempre” (p. 485). Esa extrañeza etnográfica surgida en los primeros momentos de nuestra llegada a la vereda, esos nuestros primeros pasos en las sedes rurales pronto posibilitaron la emergencia de un sentimiento contradictorio de familiaridad y extrañeza, nos sentíamos antropólogos inmersos en la vida comunitaria. Todo era inédito, desconocido, vertiginoso y al mismo tiempo sereno. Mientras tanto, cada uno en su cuaderno escribía sus relatos de viaje, contábamos nuestras historias de vida, nuestra llegada a la educación rural, a las escuelas rurales. Y una maestra tomó la palabra en sus labios y, mirando al firmamento, nos dijo con tono sosegado: era vivificante encontrar la serenidad en los cantos de las aves surcando el cielo, así como en el verde frondoso del horizonte que despejaba el pensamiento y mostraba caminos insospechados; encontrar personas que con sus abrazos regresaban la calma y la tranquilidad, a pesar de las múltiples dificultades en el viaje de la vida, se convertía en una necesidad (López Giraldo, 2024).

Nada teníamos seguro, solo el destino sabría adónde llevar todas nuestras ilusiones, nuestros corazones llenos de amor, de temor y de esperanza. Pensábamos que realmente esto era lo que habíamos anhelado, aunque de vez en vez todo estaba oscuro, la bruma se asentaba recordándonos que estábamos lejos de nuestras familias, del calor de nuestros hogares.

Aun así, seguíamos siendo aquellos maestros que madrugaban día a día a labrar con cuidado y dedicación el arado fértil que son nuestros estudiantes, sobrevivientes de sus propias vidas, de sus propias familias, de las condiciones materiales y espirituales de existencia de nuestras comunidades, de nuestro país, de las crudas y sobrecogedoras experiencias sociales, porque “el mundo no es sino perenne agitación. Muévase todo sin cesar” grita Montaigne (1995, p. 26) en uno de sus *Ensayos*, agónico llamado que nos acecha.

“Mi labor como maestra rural es como un lienzo vivo” exclamaba Ospina (p. 48) donde cada día los matices de la memoria, los tonos de las historias que nuestras comunidades hacen a punta de esfuerzo y dedicación, delinean los contornos más finos de nuestras propias vidas.

Cada encuentro en el microcentro es epifanía, lugar donde se llevan las luchas y derrotas al fragor de la palabra ardiente, se celebran los logros y se renueva el compromiso con la decisión de ser maestros, lo que exige análisis como bien lo enseña Pestalozzi (2003) en *El canto del cisne*:

Examinadlo todo, quedaos con lo bueno y, si algo mejor llega a madurar en vosotros mismos, añadidlo en verdad y amor a lo que en este libro yo en verdad y amor he intentado daros; y al menos el conjunto de las tentativas de mi vida no las rechacéis como cosa que, ya despachada, no necesita de examen. Realmente no está todavía despachada y, a buen seguro, necesita de un serio examen, y ciertamente no por causa de mí, ni de mi ruego (p. 309).

Y este canto de los maestros rurales convertido en *Dossier* encuentra su melodía en los bemoles escasos que susurran al oído de los buscadores de secretos que se hacen inolvidables. Bien lo expresa Ospina (2024):

Porque en estos caminos rurales, donde la vida transcurre al ritmo pausado de sus linderos, hemos aprendido que la educación no es un acto solitario, sino una danza colectiva donde cada uno aporta su paso único y especial (p. 49).

Siguiendo con Ospina (2024), pero ahora parafraseándola, nuestro objetivo va más allá de impartir conocimientos, buscamos infundir esperanza en cada joven, en cada familia, ese es nuestro más genuino legado vivo que fortalece el tejido comunitario sembrando con razón y corazón, el alma de los territorios (pp.49-50).

Entre las tardes lluviosas de octubre y noviembre de 2024 leía y releía las vidas y viajes de los maestros en sus propios testimonios. La tinta con la cual escribían estas líneas era la viva expresión de los avatares en que sus trayectos oscilaban, de un lado para otro. La talla de sus relatos muestra escenas de la cotidianidad por donde transitan estos maestros que se destejen entre la trama y la urdimbre. El recurso literario es el encuentro ficcionario en el microcentro rural lleno de *memoria imaginada* desde el cual, se van tejiendo los relatos. Repentinamente, descubrimos que cada vida unida a la otra, indiferenciadas, se sostienen entre sí. Mientras cada quien cree que es por sí mismo que logra su realización, en el fondo no hay más que un único relato variopinto. Una sola voz que es muchas voces. Un yo definitivo ficticio que arrojado sobre sí mismo se reconoce como un otro. Al final, un nosotros inadvertido reposa en el fondo de cada uno.

Fabián Alonso Pérez Ramírez

Docente Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad Católica de Oriente

II

Vidas, viajes y maestros: *encuentros en el* microcentro rural



Abejorral (Antioquia, Colombia)

Fuente: Tatiana Betancur Carvajal (2024).

Vidas, viajes y maestros: *encuentros en el microcentro rural*



Era viernes en la mañana, día de microcentro rural. El día anterior terminaba de escribir el microrrelato que nos habíamos propuesto un mes atrás sobre nuestra llegada a la educación rural que, por cierto, para mí fue como la práctica de un deporte extremo. Un vacío recorría mi cuerpo. Con cada paso que daba estaba más cerca del aula donde nos reuníamos. ¡Hola, Leo! Corearon Caro y Julieth mientras nos abrazábamos. Los otros compañeros estaban sentados tan juiciosamente que no parecían profes... y vaya sorpresa... la líder del microcentro tomó la palabra mientras me miraba... y antes de que su boca pronunciara mi nombre... ¡al menos, déjame llegar! Le dije. Y fue así como Caro, cual rescatista se ofreció a leer su texto, al tiempo que realizaba una venia al grupo solicitando aceptar su petición. De inmediato, al unísono... todos dijimos ¡Sííí! Una carcajada cual cascada grupal inundó de risas frescas los oídos y los ojos de todos. Carolina respiró hondamente y tituló...

Camino de herradura

Por:

Carolina Ruiz Pérez¹

“Cuando empezamos a aprender este difícil oficio de vivir, ya tenemos que morirnos”

Sobre héroes y tumbas, SÁBATO (1961, p. 424).

Quizás una premisa igual suena de manera constante en mí y me tiene sentada ¡aquí!, en un puesto de elegible, en la

¹Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede San Tadeo. Licenciada en Ciencias Naturales.

Gobernación de Antioquia, donde se ubican los maestros a la luz de sus saberes, formación y trayectoria. Sin embargo, tras el peldaño están los sueños de una vida de muchas personas, el momento de obtener el tan anhelado premio y, bueno, yo aún no tengo claro cuál es el camino anhelado. No obstante, creo fielmente en el arte de prepararse según la guía que la vida nos va dando.

De manera inesperada y repentina escogí la sede de San Tadeo, una escuela ubicada en medio de las montañas en la vereda Guayaquil del municipio de Abejorral, donde predomina el olor a tierra fresca casi recién removida, un viaje hondamente bello entre las montañas de mi majestuosa Antioquia. Debo reconocer que siempre tengo ojos de niña ante la imponencia de nuestra madre tierra; el sonido de las aves, el viento fresco y el bramar de las vacas llenan de aventura cada trayecto de regreso a mi hogar.

Aunque esta aventura es mágica, tiene su paso difícil. Retornar a un lugar en el que algunos ven paredes, caminos e historias antiguas; yo veo ilusiones y esperanzas allí donde las madres quieren ver realizados a sus hijos. Los niños quieren soñar y yo solo espero encontrar el medio para brindarles aquello que en la trocha se perdió. No obstante —como diría un buen compañero—, *nunca está completa la maleta del maestro*. Y es en ese momento cuando paro y digo *maestra...* ¡Dios mío, en qué me metí! ¿Qué puedo hacer? empieza el autosabotaje a hacer lo suyo, como diría mi amada abuela: *es ahí donde empieza el Cristo a padecer y el diablo a llevar del bulto*. Unas palabras de aliento parar a tomar conciencia de sí mismo nunca están demás, y menos si vienen de la abuela.

En medio de mi ruralidad, de las bellas montañas, las tierras y los cultivos entendí que el camino de herradura del maestro no radica solo en la cruzada para llegar a su escuela, en las rutas lodosas y llenas de rocas; ese camino de herradura del maestro también se halla en las cargas que soporta al subir a lomo de mula o a pie llevando a

cuestas la metas y los anhelos de aquellos que juegan a ser héroes y altezas de sus propias vidas. Y está claro que cuando se carece de medios y procesos, un maestro no sabe de dónde tenerse para no hundirse y no solo pensar en cómo salir de la tierra movediza, sino en cómo sacar de esa arena escurridiza a sus estudiantes. A veces el peso es tan agobiante que no encuentro salida. Pero verlos a los ojos y otear en su mirada fija llena de esfuerzo, percibir que tienen más fe en uno de la que uno puede tenerse, hace que sea imposible rendirse y no intentarlo una y otra y una vez más.

Mi *camino de herradura* habla de una trocha llena de pantano, piedras y unas cuantas peñas por recorrer, donde encontrar cómo sostenerse y ser guía de quienes te siguen con la fe del corazón, lo hace mas tensionante, pues es la vida misma la que se juega en este camino. En cada cima que se va conquistando con tenacidad y arrojo hay una alegría llena, una sonrisa sincera, una lágrima que se combina con el recuerdo, la gratitud y la gracia del Dios humanado que habita en cada rostro. Hoy sentada en mi escritorio, ya no como elegible sino como docente en periodo de prueba, con el corazón arrugado y la satisfacción del deber cumplido, constato que, después de poner en práctica el arte de aprender a cada paso este difícil oficio de vivir, y antes de marcharme, soy consciente de que es de la bondad del alma de donde nacen los más jugosos frutos y que la paz interior solo se obtiene cuando se ama la vida y sus caminos de herradura en cada uno de sus recodos.

Un aplauso grupal sonó. La líder del microcentro se dispuso a realizar algunos comentarios mientras le daba la palabra a los compañeros, quienes valoraban el relato y contaban fragmentos de sus vidas llegando a lomo de mula a las veredas como maestras rurales. Luego de un desorden que se extendía en un sórdido murmullo de voces indescifrables, se hizo un silencio unánime que

dejó escuchar al desprevenido Leo, sonaron sus palabras susurrantes y no solo en el oído de Julieth: *La docencia rural* es como *un deporte extremo*. La líder aprovechó esta situación y de inmediato le dio la palabra a Leo para que explicara, mientras leía su relato, el significado de sus palabras...

La docencia rural: un deporte extremo

Por:

Leo Alexander Vargas Cardona²

El inicio de todo proceso trae consigo innumerables desafíos y retos que de cierto modo van a permear positiva o negativamente nuestra existencia, obligándonos a veces de manera abrupta a salir de la zona de confort, a desaprender, a pensar en el caos y el orden como materiales desde los cuales generar experiencias significativas.

Ser maestro es un ejemplo puntual de una situación que obliga al cambio permanente e implica una reestructuración considerable en lo personal, laboral y familiar. Y con mayor razón si este rol se asume en el ámbito rural. Una realidad que era totalmente desconocida para mí, que había permanecido 30 años en la zona urbana del municipio de El Carmen y que solo salía de paseo a la ruralidad o a visitar la factoría de mis abuelos.

¡Jamás imaginé que en algún momento de mi vida iba a resultar dando clase en una vereda! O al menos eso pensé al inscribirme para el concurso del magisterio. Yo tenía todo milimétricamente calculado:

²Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Yarumal. Licenciado en Educación Física, Recreación y Deportes.

DOSSIER

*Presento y gano el concurso para la zona urbana.
Quedo en un municipio del Oriente.
Si es sexto y séptimo (facilito),
deportes base y habilidades motrices básicas.
Si es octavo y noveno,
deportes de conjunto y capacidades físicas condicionales.
O, si es décimo y undécimo,
deportes alternativos y ejercicios básicos multiarticulares.
Todo ello para el primer periodo.
Claro está, si la malla me lo permite.*

Pensaba en mi inmensa ingenuidad, cegado parcialmente por esa venda tan difícil de quitar llamada ego. A mi mente llegó una frase que mi abuela usaba cada que algo no salía como se planeaba: *Ay, mijito, una cosa piensa el burro y otra el que lo enjalma*. Porque al momento de la audiencia, esa famosa inscripción al concurso se convirtió en un pase directo para integrar las filas de uno de los deportes más extremos de todos: *la docencia rural*. Allí se configuran una serie de pruebas que inician con un breve calentamiento en moto, que consta de un trayecto largo, con caminos rocosos, lisos, angostos, curvas cerradas con precipicios... derrumbes y condiciones climáticas casi siempre adversas. Al finalizar el calentamiento, inicia la fase más importante y que más precisión, concentración, responsabilidad y tacto requiere: enseñar todas y cada una de las áreas a todos y cada uno de los grados. Para hacerse una idea global de lo que estoy diciendo, es: *realizar la labor de 12 maestros, cada día de lunes a viernes, periodo tras periodo durante todo un año!*

Era abrumador e incierto el porvenir, sentía que cada que aprendía un contenido nuevo para enseñar, desconocía otros veinte o treinta más. Y al igual que en todo deporte extremo, necesitaba momentos de práctica y entrenamiento. El problema era que la competencia estaba encima y no había mucho tiempo para entrenar. Quienes han tenido la oportunidad de participar en cualquier competencia, saben que cuando no hubo mucho tiempo

de preparación, en el momento más inesperado empiezan a aparecer intrusos pensamientos que van y vienen, mientras repiten: *no puedo, no soy capaz...* además, de vez en vez, se crean algunos escenarios catastróficos y en este caso en particular la abrumadora incertidumbre de cómo enfrentar tan diversos saberes de manera eficiente y oportuna, sin que se desaprovechen talentos o se pasen por alto vacíos disciplinares, conceptuales, procedimentales...

En medio de tanta confusión, de tantas preguntas aún sin responder, como una lucecita al final del túnel, aparece por fin esa ayudita extra, esa bolsita de agua para el maratonista en el km 36, esa entrada a los *pits* para que el piloto y su vehículo recobren fuerzas. Ese grito de aliento para el que no puede más. Algo a lo que nosotros le damos el nombre de *microcentro*, un sitio para aprender de los vieja guardia, de los que ya conocen la pista de pies a cabeza, un lugar para surtirnos de herramientas que cada uno desde su especialidad puede aportar y una oportunidad para compartir experiencias. En el microcentro descubrí que no era el único que se sentía agobiado y confuso en este nuevo proceso. Me hizo sentir aliviado y nuevamente humano, porque en algún punto ser docente te convierte, ante los ojos de los demás, en una criatura extraña que se las sabe todas y que no admite errores ni desequilibrios en su ser. ¡Vaya mentira!

La responsabilidad es grande, tengo en mis manos la tarea de ayudar a guiar a seres humanos que me han enseñado mucho más de lo que yo a ellos. Concedores expertos del campo en sus diferentes manifestaciones, niños, niñas y jóvenes que me han acogido con cariño, aun siendo yo un foráneo, nunca me hicieron sentir extraño, siempre dispuestos a compartirme todos sus saberes sobre las formas de arar el campo, el arte de la lechería, entre tantos otros, a cambio de lo poco o mucho que pude aportarles desde mi infinito deseo de descubrir en ellos, y sacar a la luz, sus diferentes talentos y potencialidades.

Como dije al inicio, una experiencia puede permear positiva o negativamente nuestras vidas. Sin lugar a duda esta experiencia ha sido una de las que más aprendizajes me ha dejado. Al inicio, por ver lo largo y difícil del trayecto, me estaba perdiendo la inmensa maravilla del paisaje que, con su impredecible forma de presentarse, cada tanto me conmovía, acaso porque de alguna manera se asemejaba a mi ser, a veces gris, lluvioso y las nubes no dejaban entrever sus milagros. Otras veces colorido, iluminado y con toda su magia para mostrársela sin reservas al mundo. Por la preocupación, el miedo, la incertidumbre y la inabarcabilidad de *ofrecer todas las áreas a todos los grados*, no me permitía ver la increíble oportunidad de aprender lo insospechado, retomar saberes y avivar la llama pasional por el conocimiento. Gustos, intereses, pulsiones que creía extintas. Por ello, sería presuntuoso de mi parte decir que ya logré la meta, aún me falta mucho camino por recorrer, muchos errores por cometer y muchas líneas por escribir de este *deporte extremo* que es *ser docente rural*.

Antes de que todos aplaudiéramos, Leo extendió sus manos con firmeza y pidió que no lo hiciéramos. Las razones que ofreció fueron desconocidas para todos, excepto para Julieth, quien tímidamente se levantó de la silla en la que estaba haciendo parte del círculo del microcentro y comenzó a desplazarse por el salón... mientras pronunciaba como un mantra las palabras ¡soy maestra! Todos continuábamos en silencio incrédulos de esta puesta en escena. De momento, continuó Julieth...

¡Fueron las tizas de colores y la puerta de madera las culpables de mi decisión de ser maestra!

Las tizas de colores y la puerta de madera

Por:

Julieth Fernanda Mazo Uribe³

Soy maestra... desde niña me alegraba con los juegos de muñecas, hojas, lápices y tizas de colores hurtadas por mi hermano mayor, quien con orgullo las tomaba *prestadas* de la escuela para llevarlas a casa, donde las disfrutábamos mientras, jugando a la maestra, hacíamos de la puerta de madera el tablero que exponía el mundo que inventábamos. En mí se realizó aquella sentencia según la cual los juegos que nos acompañaron en la infancia definen la vida que hoy llevamos.

Cada mañana suena el despertador anunciando el inicio de una nueva jornada, un día que ya ha sido programado con material, estrategias, juegos, tiempos y espacios —a veces hasta altas horas de la noche—, pero que no pierde la magia de ser un nuevo día para tener la mente abierta a preguntas que surgen en el aula de alguna mente inquieta. Y, entonces, el día planeado se derrumba ante la necesidad de atender a lo nuevo, lo inesperado, para satisfacer curiosidades, tal vez necesidades que se van manifestando entre los pequeños que encuentran en la escuela un refugio y, al mismo tiempo, un lugar de exploración.

Allá en lo profundo de las colinas verdes de la tierra fría donde el aire fresco sopla a través de los árboles, se viven días increíbles, algunos muy fríos, otros un poco más cálidos, pero todos llenos de risas, abrazos, gritos, energía... esa que lo conecta a uno con la pasión de ser maestra.

En este camino emprendido, gracias al esfuerzo de una madre luchadora y a unas tizas de colores, se me han presentado imborrables momentos: recibir el abrazo cálido

³Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral. Magister en Educación.

de unas manos frías por la lluvia, compartir experiencias de vida junto a mis compañeros de camino a la escuela o en el microcentro, cargados de historias y deseos por aprender a cada día. Una verdadera fuerza interior colegiada nos permitía, en medio de la incertidumbre, enfrentar la inestable sociedad en la que nos encontrábamos.

Pero el microcentro... es ese escenario donde nos pensamos, nos cuestionamos, nos apoyamos y crecemos como profesionales de la educación. Es ese colectivo de maestros rurales que somos, creyendo en lo que hacemos, mientras imprimimos amor y pasión por la pedagogía, esa ciencia teórica y práctica que cada día nos exige. Junto a nuestras mochilas llenas de sueños, caminábamos utópicos con la certeza de salir victoriosos en medio de las dificultades. Cada maestro que ha pasado por este escenario de aprendizaje lleva consigo la huella de amar e interrogar la educación rural, tanto o más como lo invita su propia pasión. Porque lograr conquistar lo que somos y hacemos es el primer principio de una verdadera realización humana.

La escuela rural, la que adorna el paisaje verde con sus coloridas y bulliciosas búsquedas, necesita siempre de un corazón lleno de amor por lo que allí pasa, junto a la valentía de un maestro que enfrente los desafíos que se le presentan día a día, sin riesgo de ser pensados o planeados en el programador de clase. Esa es la escuela rural, un reto para los maestros de ayer, de hoy y de mañana, para los que empezamos escribiendo con tizas de colores en una puerta de madera.

De pronto se escuchó un grito de una matrona... *¡Profes, profes... vengana a desayunar..., profes!*

Salimos uno a uno, no sin antes felicitar a Julieth por su lindo relato y puesta en escena. Mientras caminábamos por los corredores de la escuela rural hacia el comedor donde nos esperaba un banquete: 15 tazas de chocolate con leche recién ordeñada, el mismo número de arepas de maíz trillado, un corte grueso y fino de mantequilla de vaca, una multitud de torticas de lentejas que nos hacían ojitos, un tazón lleno de cuajada hecha por doña Alameda, que no escatimaba en nada, y no se sabe bien cuántos huevos criollos revueltos con aliños esperaban a ser devorados por nosotros...

Media hora después, llenos a reventar... algunos pasaron el desayuno con un cafecito, otros con aromática, no faltó quien encendiera un cigarrillo, incluso quien aprovechó y fue al pueblo a hacer una vueltecita... en fin... estábamos listos para continuar la jornada del microcentro rural. Regresamos al salón, nos acomodamos de nuevo en las sillas y Elsa pidió la palabra. Compañeros, quiero compartirles mi escrito titulado...

Maestra con aroma a campo

Por:

Elsa Yaneth Jaramillo Arias⁴

Emprendí esta nueva experiencia de la educación rural con miedos, tensiones y dudas frente a lo que significarían para mí los próximos meses en esta ardua labor de enseñar según el modelo educativo flexible de Escuela Nueva. Después de varias semanas de postergar el conocimiento del que sería mi nuevo lugar de trabajo, decidí emprender aquel largo viaje en el que las casas de colores vibrantes y llenas de jardín me devolvían poco a poco la tranquilidad en medio de una lejanía acogedora.

⁴Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Zoila García de Guzmán. Licenciada en Matemáticas.

En las primeras semanas fueron incrementando las dudas y la angustia ante lo que estaba haciendo. Cuestionaba mi vocación, cómo no, si era para mí un nuevo mundo por explorar, el miedo me dominaba. Pero las sonrisas inocentes y genuinas de mis estudiantes me ofrecieron la fortaleza para no desfallecer. Hoy soy una maestra con aroma a campo, las montañas en las mañanas con sus paisajes de neblina me enseñan lo maravilloso que es llegar a mi escuela, expresaban mi deseo y convicción de hacer mejor mi trabajo. Sigo aprendiendo a ser maestra rural. Creo que nunca voy a terminar de aprender todos los desafíos que debo sortear. Cada día conservo la convicción de que ha sido una experiencia definitiva que transformó mi vida.

Educar en la ruralidad es una labor apasionante. Desde temprano veo hazañas emocionantes sobre la vida de las comunidades y su particular relación con caballos, vacas, gallinas y, en general, con toda la naturaleza. Comprendo que de alguna manera podemos ser un punto de apoyo en medio de nuestras limitaciones, en las diferentes actividades y realizaciones comunitarias.

Hoy me siento orgullosa de ser *maestra con aroma a campo* porque he descubierto el fascinante mundo de la educación rural en el que se entretajan las relaciones con la comunidad, los estudiantes, los maestros y las reflexiones curriculares que posibilitan un entramado de saberes científicos, sociales, culturales y comunitarios. Sin duda, esta experiencia me ha exigido cultivar la creatividad con entusiasmo, pasión y amor por mi profesión, resignificando la decisión que un día tomé, como proyecto de vida.

Soy una maestra con aroma a campo que disfruta cada día llegar a su escuela de color naranja, mientras las flores armonizan con su exuberancia cromática las extensivas llanuras de pasto. La tranquilidad y el aire puro amenizan el proceso educativo en el que no solo enseñó

mi saber disciplinar sino el de otras ciencias —que he venido aprendiendo— para orientar mejor el proceso de aproximación al conocimiento.

Ser maestra con aroma a campo no solo ha implicado desarrollar un trabajo, me ha enseñado que es una vocación. Un compromiso arraigado en la tierra y en las vidas de las personas que habitan en ella. Ha significado abrazar la belleza y los desafíos de trabajar en comunidades a menudo olvidadas no solo por el Estado, por la sociedad, incluso por los más próximos. Pues ser maestro rural es más que simplemente enseñar una disciplina. Es la posibilidad de ser un faro de conocimiento mientras se aprende del saber comunitario, un defensor incansable del potencial de cada niño y un constructor de puentes entre la escuela y la comunidad.

En el corazón de ser maestro rural yace un profundo sentido de conexión con la tierra y las personas que la habitan. Ser maestro es comprender las complejidades de la vida rural: desde las distancias geográficas hasta la escasez de recursos, desde la riqueza de la cultura local hasta los desafíos económicos persistentes. El maestro rural camina en las botas pantaneras de sus estudiantes, reconociendo las realidades de sus vidas cotidianas y trabajando para superar cualquier obstáculo que pueda interponerse en su camino permanente hacia el aprendizaje.

Ser maestra rural es encontrar soluciones creativas para superar la falta de recursos, aprovechar al máximo las técnicas y tecnologías disponibles e incorporarlas como parte de la reflexión curricular y didáctica. Es reconocer que cada niño es único y merece una educación que celebre sus fortalezas individuales y los prepare para tener éxito en un mundo en constante cambio.

Finalmente, ser maestra rural para mí ha sido ser *maestra con aroma a un campo* donde los recursos naturales, el sonido de los pájaros, el movimiento de las ramas de los

árboles y la diversidad del ecosistema han despertado mi sensibilidad ante lo que implica incitar la formación de un ser humano.

Una vez terminó su lectura y todos valoramos su escrito, uno de los compañeros espontáneamente expreso: con razón... *yo si me preguntaba ¿qué perfume usaba Elsa que cada que pasaba cerca de mí un aroma indescriptible recorría mi memoria bucólica?* Hubo un pequeño murmullo hasta que una compañera recordó las palabras que alguna vez había escuchado: *te recordaré más por tus olores que por tus palabras.* La líder del microcentro rural asintió y sin dudar planteó que dicha frase es de Gastón Bachelard en su hermoso libro *Poética de la ensoñación*. Y la conversación tomó su curso hacia aquellas cosas que pasan desapercibidas en la agitada cotidianidad y que terminan siendo determinantes, más que aquellas que creemos relevantes. Volver a lo básico, a lo elemental, es la clave para reconocer las potencias de una realización auténticamente humana.

De inmediato Estrella exclamó *¡estoy completamente de acuerdo con eso!* Precisamente, durante todo este tiempo, antes de este encuentro, pasaba noches en vela pensando sobre qué iba a escribir en mi relato. Y muchas veces frente a una hoja en blanco pasaban las horas, escribía un renglón y lo borraba. ¡Hasta que lo encontré! Escribiría sobre *las botas azules* que me acompañaron en esta noble profesión de ser maestra rural.

Mis botas azules

Por:
Estrella Londoño Marín⁵

Fieles compañeras.
Firmes testigos de mis inicios como maestra.
Aliadas de camino y
signos de pasos firmes en mis recorridos.
¡Mis botas azules!

Cuando recibí el manajo de llaves que abriría las puertas de un nuevo capítulo en mi vida, abrigando la ilusión en mis manos, con la alegría y la expectativa de emprender una gran aventura, pensé: será un largo camino de herradura, caminar por 3 horas no será fácil con mis únicos tenis, ¡necesito unas botas! Ahí empieza el dilema, no quería las tradicionales botas negras de marca. Ya por esos días estaban de moda las botas estampadas con bonitos diseños para lucir linda recorriendo los trayectos del campo, pero en realidad no podía comprarlas, no tenía suficientes ingresos económicos, solo me acompañaban los 15 000 pesos que ganaba cada fin de semana como auxiliar de peluquería. Por suerte encontré unas sencillas botas de color azul, ellas fueron las elegidas. No eran ni las tradicionales ni las anheladas, pero si las accesibles para mí.

Con la frente en alto, llena de orgullo, con las botas puestas, las llaves en la mochila y el corazón palpitando a mil, el martes 17 de febrero del 2009 emprendí mi camino hacia la vereda El Carmelo de mi hermoso Abejorral. Recuerdo que cada paso dado estaba acompañado de un miedo enorme que iba creciendo a la par que descendía por aquella trocha solitaria y estrecha. El recorrido parecía no acabar, pero la ilusión era tan fuerte que en mí resonaba la valiosa oportunidad que estaba materializando y que,

⁵Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral. Magister en Didáctica de Lengua Castellana.

probablemente, muchos anhelaban sin todavía lograrlo. Ese sentir me impulsaba a continuar con firmeza.

Después de pasar muchos *broches*, esos típicos cercados de paso entre un lindero y otro en el campo, llegué a una linda casa campesina donde me esperaba el presidente de la Junta de Acción Comunal. Me miraba detenidamente y me preguntó: *¿Profe, y usted sí es capaz de quedarse en la escuela?* Sin trastabillar le dije: *¡Sí, señor; claro que sí!*, pero mi imaginación no me ayudaba. Por mi mente pasaban escenas trágicas de todo lo que me podría suceder; jamás se las conté a nadie, las guardé en mi corazón. Continuamos el recorrido. Entré a esa pequeña, hermosa y acogedora escuela roja donde solo se escuchaba el canto de las aves y el arrullo del río que quedaba unos kilómetros más abajo. La alegría combinada con los nervios me invadió, no tenía ni idea... ¿qué hacer, por dónde iniciar?

La magia empezó cuando sentí pequeños pasos y grandes sonrisas acercarse, llegaron las almas más bonitas que protagonizarían la aventura de hacerme realmente maestra en ejercicio. Todo fue fluyendo de manera natural, fui muy feliz, claro está, mientras estaban ellos ahí. Cuando se acercaba la hora en que los niños partieran a casa, de mí la soledad se apoderaba y la angustia me sobrepasaba.

Sentada en una esquina del comedor de cemento y escuchando el río, miraba las montañas que me rodeaban y parecía un laberinto sin salida; es difícil describir la presión en el pecho y la ansiedad de no querer que la noche llegará. Así pasaron algunas semanas en las que, cada viernes, a lomo de mula prestada recorría gran parte del camino para salir al pueblo, luego culminaba el trayecto a pie con mis *botas azules* hasta llegar a casa y el fin de semana lavaba su pantano y polvo, para volver a ponerlas en acción el lunes muy de madrugada.

Llegó la hora de cambiar de dirección, después de dos meses debía asumir un nuevo reto, recibir nombramiento en provisionalidad, una gran oportunidad más, solo que esta vez mis *botas azules* y yo cambiaríamos de rumbo. Nos fuimos a otro municipio, San Rafael, Antioquia, ¡Gran desafío! Llegué el 23 de abril del 2009, un jueves si no estoy mal. Bien recibida no fui pero, aun así, me reafirmé que podía y que era más grande mi deseo de fortalecerme en mi quehacer que la condición de foránea.

En un nuevo contexto, con personas totalmente ajenas, con cultura y clima diferentes, entre algunas tardes de lágrimas, noches casi sin fin, fui afinando mi confianza, combatiendo miedos y desafiando mi baluarte. Muchos retos y aprendizajes marcaron mi trayecto en este lugar, fui feliz, triste, acerté, me equivoqué, pero sobre todo aprendí y entendí que soy más valiente de lo que creía.

Allí, en la vereda El Topacio crecí en mí ser y hacer durante 14 meses, en los cuales mis *botas azules* no tuvieron mucho trabajo, descansaron bastante, pero estaban ahí, recordándome los pequeños triunfos y desafíos superados. Yo vivía en la escuela y el día que podía salir al casco urbano era el sábado en la mañana. En realidad de la escuela a la vía principal eran pocos metros, entonces mis lindas *botas azules* reposaron en el armario, aguardando nuevos rumbos.

De nuevo Dios, el universo, el destino, no sé, ¡creo que todos juntos!, tenían preparados para mí regalos y pruebas inimaginables. A mis efímeros 20 años recibí una maravillosa noticia: superé el concurso de ingreso a la carrera docente. Sentí que ya eran demasiadas bendiciones, sabía que la vida era muy buena conmigo y atesoré con el alma lo que tantos luchan por años, lo conseguí y estaba dispuesta a todo.

¿Todo? Nunca creí que mis botas azules y yo recorreríamos juntas terrenos tan distantes, tan distintos, tan toscos, tan extraños, tan lúgubres... podría buscar muchos adjetivos más y nunca describiría con precisión lo que significaron para mí. Llegar al corregimiento de Fraguas, más conocido como *Machuca*,⁶ en el municipio de Segovia, marcó un antes y un después en mi vida.

Fue muy difícil estar allí, sentirme en un mundo completamente alejado. Fueron múltiples las experiencias que viví, creo que nunca pensé que eso que en mi casa veía a través de la televisión lo sentiría amenazador alguna vez. Vi de cerca la pobreza extrema, el caos, el desorden, la violencia, la descomposición social en su esplendor. En medio de tantas situaciones adversas, encontré grandes seres humanos, niños que necesitaban recibir una nueva educación, sentí que mi responsabilidad era hacer de la escuela un entorno seguro, un lugar para ser felices, para sentir la vida y vibrar con colores, juegos y todo lo mágico que implica ser niño. No suena a panorama ideal y normal y, en efecto, no fue tan simple estando inmersa allí, en mi escuela *Puerto calavera*, cuyo solo nombre ya es bastante sugestivo. Empecé entonces a lidiar con una realidad cruda, la realidad de mis niños, que ahora era parte de la mía.

Abriré un paréntesis para contar una anécdota.

(Cierta día dije con emoción: *niños, mañana por favor traen coca ¡y acá compartimos!*... Ellos quedaron embrollados, me miraban muy extraño y yo no comprendía. Cuando uno de mis estudiantes exclamó de forma maliciosa: *¡Toca esta tarde ir a raspar!* Ahí entendí que algo no estaba claro, y expliqué: para mí, coca es el almuerzo. Quizá para muchos no será sorpresa, pero coca era aquella planta con la que traficaban en la región, parte importante de la economía de muchas familias). Cierro paréntesis.

⁶Nombre asociado a la quebrada con la misma denominación y a la mina de la compañía Frontino Gold Mines.

De nuevo mis *botas azules* y yo empezamos a trabajar arduamente, era constante el tránsito por caminos pantanosos, charcos en la carretera que se convertían con los días en lagos fijos en la ruta y cada que llovía era ya predecible que el río iba a perder su cauce e inundar todo a su paso: carretera, casas y demás. Esto era agobiante, ver las personas correr de un lado a otro asegurando sus pertenencias, ver a los niños jugando en medio de aguas estancadas, con total tranquilidad...

Ahora bien, la realidad es más ensordecedora cuando se escuchaba un silencio extraño y repentino, dando paso y protagonismo al zumbido de las balas. Poco a poco fui entendiendo que ya los muertos eran parte del paisaje al borde del camino, que nunca estaba sola, que siempre estaba siendo observada, que la tranquilidad solo la alcanzaba con los abrazos fuertes de esos pequeños, quienes se alternaban, como si fuera por turnos, para llegar al aula con las noticias horripilantes de cómo la abrupta fuerza de la guerra les arrancaba seres valiosos y descomponía aún más su vida.

Creo que tendría muchísimas historias más que contar y sentimientos que describir, como lo abrumante de las visitas nocturnas de grupos que no mencionaré. El sonido fuerte de sus *botas negras* no se parecía al de las mías; pero prefiero referir que todo me hizo más fuerte, que llorar, querer renunciar, sentir miedo y ganas de correr me enseñaron y reafirmaron mi vocación. Y aunque no quisiera volver, no puedo desconocer lo valiosa que fue esta experiencia en mi vida como maestra.

Después de dos años, con una nueva ruta marcada en mi destino, regresé a mi tierra natal, mi Abejorral y en la vereda *Mata de guadua* empezamos a transitar. Mis compañeras, las más resistentes, trabajaban incansablemente 5 días a la semana, doble jornada, en la mañana y en la tarde. Durante 45 minutos marchábamos por una empinada montaña de pedregoso camino, firmes ellas y yo acompañadas por el sol,

apreciábamos el camino adornado por el verde vibrante, variados frutales y encantadoras flores. La escuela era de ensueño, con magia propia, ¡mi regalo! Allí encontré sosiego, calma y felicidad.

No pasaron muchas semanas y empecé a notar que mis lindas *botas azules* ya se encontraban fatigadas y estropeadas por su ardua labor. Que cada desgaste de su suela y deterioro en su cuerpo era la marca de una historia que vivimos juntas. Ellas se convirtieron en testigos de mis pasos por los senderos de la educación rural. Pisaron aulas llenas de sueños y sonrisas, presenciaron charlas con colegas, recibieron gotas de mis lágrimas silenciosas al final de un largo día... sintieron mis suspiros con cada progreso de mis estudiantes.

Aunque el recorrido continuó y ellas ya no están conmigo físicamente, hasta el día de hoy no puedo desprenderme de lo que significaron para mí. Son la rememoración de mis inicios llenos de sueños y temores. Son el manifiesto de que el viaje, aunque a veces arduo, guarda su valor en cada paso dado con amor y dedicación.

Son ya 15 años recorriendo las rutas de la educación rural y en ellas los mejores paisajes fueron las sonrisas de cada niño que he tenido la fortuna de conocer. Uno a uno están grabados en mi corazón. He comprendido que ser maestro va más allá del aula, de las guías y los cuadernos. Ser maestro es una aventura de pasión, fortaleza y amor. La vocación se sustenta en la sensibilidad, en la entrega y la constancia. En la tarea de la enseñanza, el buen caminar se hace con la entereza de equivocarse y la serenidad de volverlo a intentar, con la satisfacción de cuestionarse y transformarse. Muchas montañas, senderos y trochas guardan mis pisadas, las que hoy me enorgullecen al decir *¡soy maestra!*



Saltamos de las sillas donde reposaban nuestros cuerpos... al encuentro de un abrazo fraterno. Todos estábamos conmovidos con el relato. Algunos de nosotros no pudimos aguantar el remezón de nuestra sensibilidad y, sencillamente, afloraron gotas marinas que recorrían nuestras tibias mejillas. Recuerdo que en ese mismo instante el cielo destelló, sonó un trueno vacilante y el aire sopló frío acariciando nuestros cuerpos de maestros. Comenzó a llover. El techo del salón de la escuela donde nos encontrábamos reunidos en el microcentro rural crujía con las gotas que caían a una velocidad precipitosa desde las alturas del cielo creador. En menos de cinco minutos el agua se escurría entre las paredes y ventanas llegando al piso mientras formaba charcos entre las quebradizas baldosas, las hendidijas que las unían y la tierra que brotaba.

Paramos la lectura de los relatos que habíamos escrito y parecía que el tiempo caprichoso también se había detenido con nosotros. Nos dedicamos a ver la lluvia caer entre las ventanas y la puerta del salón. Entramos en un silencio contemplativo. Por un momento reaccioné y me pregunté ¿qué rondaría en las cabezas de mis colegas mientras observaban la lluvia? De un momento a otro, tan intempestivo como inició, paró de llover. Unos cogimos las escobas y comenzamos a sacar el agua del salón. Otros las traperas y secamos el salón. Volvimos a nuestras sillas y Yennis de repente pronunció esta retahíla: *R con R cigarro. R con R barril. Rápido ruedan los carros, cargados de ron, al ferrocarril.*

Y continuó... *Siempre me he preguntado ¿por qué a una persona que no sabe pronunciar bien la letra r con su sonido fuerte, no le permitieron ser maestra?*

Mi llamado a ser maestra

Por:

Yennis Eugenia Ciro Restrepo⁷

A una persona que no sabe pronunciar bien la letra “r” con su sonido fuerte no le permitieron ser maestra, le arrebataron su más grande sueño. Aun siendo ella, desde mi punto de vista, perfecta para enseñar a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir... en fin... para hacer todas las actividades del diario vivir de una escuela. Esa mujer, y las alegrías de los niños al compartir con otros de su misma edad, me hicieron creer en un sueño posible de alcanzar, aunque no fuera fácil.

Mi llamado a ser maestra ocurrió en el momento en que me di cuenta de que me encanta compartir con los niños y las niñas, amo vivir rodeada de pequeñas mentes que día a día llenan su vida de fantasías, creando aventuras que para otras personas son travesuras. Cada día las risas, los juegos, el *¿profe, me da permiso?*, *¿profe, así está bien?*, *¿profe, puedo hacer...?*, los gritos de felicidad en los cortos descansos, la compañía de estos pequeños gigantes ayudan a fortalecer mi experiencia como maestra. Ese momento se vuelve más completo al compartir con mis compañeros del microcentro rural, es allí donde se retroalimenta cada vivencia y se busca un nuevo sueño para lograr con cada personita especial que me espera en la escuela. Esa energía que de una u otra forma es transmitida por cada pequeño, en mí, está acompañada por el recuerdo de aquella persona que no sabía pronunciar bien la letra “r”. Esa persona es mi madre. Curiosamente, a mis 16 años vividos en la escuela, me encontré con una profesora que además de no pronunciar la letra “r”, no pronunciaba la letra “c”. Volvió el recuerdo de mi madre y la pregunta *¿por qué le vetaron su sueño?*

⁷Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Clodomiro Ramírez, vereda El Buey. Especialista en Administración de la Informática Educativa.

Reconozco que no ha sido todo color rosa. He estado lejos de mi familia, he tenido que hacer cosas que no me gustan, y aprender a hacer otras que no sabía. Sin embargo, cada una de estas experiencias me ha hecho crecer tanto en lo personal como en lo profesional. Y es claro que los momentos más difíciles fueron superados gracias a la ayuda incondicional de mi familia, de mis pequeños gigantes y con la compañía de seres maravillosos como lo han sido mis compañeros de trabajo, en especial uno de ellos que con el tiempo pasó de ser compañero a ser amigo, hermano, quien después de mucho tiempo sigue siendo el hombro en el que puedo desahogarme, aprender, llorar... como cuando viví la muerte de dos de mis estudiantes. De lo más doloroso que me ha tocado, innumerable, como la muerte de un hijo. Afortunadamente, siempre estuve rodeada de personas que me brindaban todo su apoyo y comprendían la situación por la que estaba pasando. Todas estas situaciones vividas han ratificado mi decisión y han hecho crecer mi amor por la educación rural.

Mi madre, mi primera inspiración, mi guía, mi soporte, ha visto en mí su propia realización, como una imagen antropológica que se forma para cumplir un sueño. Sus palabras las conservo en mi corazón reafirmando lo que mis pensamientos idealizaron y la realidad confronta a diario... la hermosa y dificultosa labor del llamado a ser maestra.

Después de la tormenta viene la calma, dicen por ahí. El sol meridional se posaba sobre el techo del salón. Ahora crujía de calor y evacuaba vapor secando las últimas gotas que resbalaban curso abajo. Carlos, Liliana y Mary se habían ausentado del salón sin que nos percatáramos de ello, con el propósito de hacer el almuerzo, sancocho trifásico en leña. El olor llegaba hasta nuestras fosas nasales estimulando nuestras papilas gustativas. *¡No podemos más, este olor no nos deja concentrar!* pronunció Mónica con una honestidad sin

igual. La líder del microcentro rural recorrió con su mirada nuestros rostros, mientras un sutil sonido estomacal la delató, y en un par de segundos no tuvo más remedio que decretar la hora del almuerzo.

Salimos a un césped amplio que había unos metros al fondo del salón donde estábamos. El humo subía de la olla hirviente formando un cono que se ampliaba al distanciarse hasta confundirse con el aire. Cada uno tomaba su plato hondo y hacíamos una fila para recibir del cucharón los manjares criollos que esperaban por nosotros para ser incorporados. Esparcidos por todo el campo en pequeños subgrupos comíamos y conversábamos sobre nuestras cotidianas vidas. Reíamos de vez en vez recordando pasajes memorables y coloreando con humor espontáneo cualquier suceso del minuto a minuto que presenciábamos. Felicítamos a Carlos, Liliana y Mary por el exquisito festín alimenticio que nos ofrecieron.

Entonces Carlos se aventuró a leer su relato y nos invitó a que lo escucháramos al aire libre. *Este relato es para ustedes que, con su compañía y apoyo, me han hecho maestro rural...*

Todavía estoy llenando la maleta...

Por:

Carlos Mario Marulanda Arroyave⁸

Ser maestro rural no se reduce a empacar la maleta y aventurarse a rebasar ríos y montañas, sortear obstáculos, pantanos y desplegar la sombrilla para protegerse de las inclemencias del tiempo, ya sea la lluvia que repentinamente hace acto de presencia o el sol radiante que puede manifestarse en cualquier momento. Este camino inicia cargado de sueños y desafíos que en muchas

⁸Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede La Labor. Magister en Ciencias de la Educación y Procesos Cognitivos.

ocasiones rehúyen a lo que algún día imaginamos como ideal de maestro, ese que llega envuelto, intacto, como pan recién salido del horno, al lugar verde, lleno de oxígeno y silencios que contrastan con la llegada de los niños que asoman con sus mochilas, llenas de cuadernos, de sueños, de deseos por aprender y otros de escapar.

Todos llegamos con la maleta empacada pero, por alguna razón, algo se queda. Puede ser un libro que pensábamos que no necesitaríamos, una estrategia pedagógica que pasamos por alto o incluso un pedacito de nuestro corazón que dejamos en casa. De repente me doy cuenta de que no empaqué muchas cosas: las maneras de abordar la diversidad en el aula, la forma de atender a cada una de las necesidades de la estudiantes... la lista se hace larga y es ahí cuando el desafío de ser maestro rural se hace más profundo, cuando debemos encontrar la creatividad y la resiliencia para superar esas limitaciones.

En estos casos la individualidad no es la mejor compañera. Buscar en el otro la posibilidad de entender y aprender se convierte en la posibilidad de enfrentar nuestros vacíos. En ese camino encontré un colectivo que me convocó a encontrar lo que no había empacado. Ahí estaban, en cada una de las personas que conformaban el microcentro rural, hallé las maneras para comprender el territorio como parte de mi ser. Busqué cómo permear la vida de los estudiantes con estrategias que contrastaran con sus necesidades y potencialidades, las bases para que cada clase fuera una creación de experiencias y aprendizajes. El microcentro rural es un espacio transformador que libera de cargas para hacer más digerible la labor de enseñar en la ruralidad, llegar a este espacio posibilita el encuentro dialógico, atravesado por la palabra que transmuta la zozobra en calma.

Salimos de cada encuentro con la maleta llena de la esperanza en que nuestra praxis será mejor, que llevaremos a la escuela algo nuevo que permeará a quienes nos

aguardan con la expectativa que cada mañana trae consigo un asomo de aprendizaje para seguir forjando futuro, pero sobre todo para continuar tejiendo presente.

La maleta no está llena aún, no quiero que se llene, aún le faltan cosas, porque educar implica cambiarla o quizá rebosarla, atiborrarla para que nuestros niños y jóvenes puedan expandirse más allá de lo que algún día imaginaron. No solo mostrarles y explicarles el mundo de maneras diferentes para no sucumbir en la monotonía de lo mecánico que en muchas ocasiones deja entrever la escuela, sino juntos componer experiencias de exploración del mundo y que sean ellos mismos quienes construyan sus propias explicaciones. El microcentro rural cambió y sigue cambiando mi praxis, me invita a reconstruirla, me enseña a cimentar mis opciones de vida, me compromete a continuar. Sea la oportunidad para expresarles mi gratitud por su existencia en mí, pues uno no se hace solo, la mirada del otro, su presencia nos configura...

¡Todavía estoy llenando la maleta!

Seguíamos en el césped y fue magnífico estar ahí escuchando su relato en medio de la despampanante expresión natural. Era indudable que habíamos consolidado en el tiempo, más que un equipo de trabajo, una amistad. Que, por demás, no solo estaba hecha a punta de respeto y solidaridad sino, y sobre todo, del modo en que sorteábamos nuestros problemas, diferencias e incomodidades. Aprendíamos a conocernos conociendo al otro, reconociendo nuestras contradicciones y con honestidad enfrentábamos nuestros límites convertidos en horizontes posibles por la presencia del otro que nos completaba. Liliana no aguantó más y nos dijo:

Bueno chicos... y como vimos hace un rato, después de la tormenta viene la calma, escuchen esto... mi relato se titula...

Después de la tormenta viene la transformación

Por:

Liliana López Montoya⁹

Y cuando la tormenta de arena haya pasado,
tú no comprenderás como
has logrado cruzarla con vida.

Ni siquiera estarás seguro de que la
tormenta haya cesado de verdad.

Pero una cosa sí quedará clara.

Y es que la persona que surja de la tormenta
no será la misma persona que penetró en ella.

Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena.

Kafka en la orilla, MURAKAMI (2006, p. 9).

Un abril transformó mi vida. Estuvo marcado por la llegada a una vereda más o menos cercana del casco urbano del municipio de Abejorral. Digo más o menos porque gracias a las inclemencias del clima y a la temporada de lluvias a veces parecía que estábamos a muchas horas del pueblo. Un caminito con algunas fincas pintadas de colores llamativos, llenas de jardín colgado en su fachada y un paisaje decorado por montañas imponentes y vacas pastando casi todo el tiempo... de vez en cuando caballos o burros al lado de la carretera, casi siempre perros... en fin... la vida rural en todo su esplendor.

Jamás había trabajado en una zona rural, pero sabía por experiencia que las escuelas normales son escuelas para todos y especialmente escuelas para maestros. Ese era mi parte de tranquilidad, llegar a la Escuela Normal Superior de Abejorral. Recuerdo la sensación de estar en un universo completamente nuevo al que no lograba ubicarme, estaba incómoda y ansiosa porque no sabía cómo ser maestra en un contexto que exigía tanto de mí, no comprendía

⁹Docente de la Institución Educativa José María Córdoba. Magister en Educación.

cómo abarcar todo aquello que la escuela rural requería y merecía, y la verdad no me sentía preparada para ese vasto universo de posibilidades.

La llegada a la escuela rural significó para mí aprender el modelo de Escuela Nueva, las formas de ser y estar en la ruralidad, porque si bien se es maestro por vocación, el contexto define el tipo de maestro que se es. La llegada a la ruralidad la recuerdo como confrontación y desaprendizaje. Significó conflicto y finalmente transformación. Para que esa transformación fuera posible, tuve que disponer mi corazón para el nuevo proceso de aprendizaje.

Entre la ansiedad y la sensación de no estar haciendo bien mi trabajo, arribó la primera formación para docentes que recién llegábamos a la ruralidad. Esta formación estuvo liderada por el microcentro rural de la Escuela Normal Superior de Abejorral, encabezada por maestros con una experiencia y manejo increíble de los modelos educativos flexibles. Por vez primera comencé a sentir la calma... después de la tormenta.

Los encuentros se hicieron habituales. Una vez al mes nos reuníamos todos los profes rurales de la Escuela Normal Superior de Abejorral a pensarnos otra educación posible. Conocí escuelas hermosas, impecables, llenas de jardín y de historias. Conocí veredas, olores, sensaciones térmicas, costumbres y paisajes de las diferentes veredas de la zona en la que trabajaba. Siempre cantábamos en todo el camino hacia alguna de nuestras escuelas, nos la gozábamos, estaba rodeada de personas que amaban lo que hacían.

El microcentro rural fue para mí la posibilidad de encuentro y aprendizaje, espacio de intercambio de saberes y experiencias. Un encuentro maravilloso que nos ha permitido a los profes sentarnos a pensar la ruralidad y empezar a trazar una ruta de viaje para todos los retos que se nos plantean en el día a día. Lo reconozco como un espacio dialógico, no solo para fortalecer procesos de

enseñanza y aprendizaje, sino también para el encuentro, para compartir, para permitirnos la alegría de ser y estar, para fortalecer vínculos y construir comunidad.

Sigo creyendo que todos los profes de Colombia deberían tener la oportunidad de experimentar la ruralidad, con sus desafíos, con sus batallas, pero también con todas sus alegrías y satisfacciones. La educación rural fue y sigue siendo uno de mis grandes amores, uno que hoy miro en la distancia, y al que le agradezco infinitamente todo lo que hizo en mi vida. Un lugar en el que se respira pedagogía todo el tiempo. Mis compañeros... mis grandes maestros... el microcentro... el lugar que lo hizo posible.

El relato de Liliana nos permitió reflexionar sobre varios asuntos, entre ellos: su afirmación sobre la importancia y necesidad de que todos los maestros tuviesen la oportunidad de experimentar la ruralidad —recordábamos el famoso año rural de otras profesiones como la de los médicos— podría hacer mucho bien tanto a las comunidades como a cada uno de los profesionales.

También, reflexionábamos sobre un acontecimiento recurrente en la educación rural y es que en el marco de las vinculaciones y los periodos de prueba de los maestros es común que no siempre quieran por voluntad propia elegir una plaza rural, no solo por las distancias, las dificultades de acceso por carretera, los problemas de orden público, la violencia, la precariedad en los servicios básicos, la lejanía con la familia, entre tantos otros aspectos, sino que la exigencia de los modelos educativos flexibles de Escuela Nueva, Postprimaria, Media Académica Rural —entre otros— hacen de estas modalidades educativas una prueba que trasciende lo profesional y pone a prueba lo personal.

Nunca olvidaré, dijo Fabián, aquellas palabras que al oído me susurró Patricia, una vez posicionado en la

vereda El Molino del municipio de Cocorná en la plaza de Postprimaria: la experiencia en la educación rural —dijo— me ha enseñado que *uno llega llorando y se va llorando*. Llegas llorando, porque te tienes que desprender de todo lo que tenías, incluso de lo que eras. Pero te vas de nuevo llorando, porque es tanto el aprecio y los vínculos que desarrollas con las comunidades, los estudiantes, el territorio, que no puedes más que extrañar con nostalgia y amor todo lo vivido y agradecer a Dios y a la vida por esa bella oportunidad de crecimiento interior.

Mary tomó la palabra. *Compañeros, para mí el miedo y la incertidumbre fueron las dos primeras emociones que me acompañaron durante mi experiencia en la educación rural. Permítanme se los cuento:*

**Entre caminos difíciles y corazones valientes:
la verdadera belleza de la educación rural**

Por:
Mary Luz Gómez Gómez¹⁰



Acogiendo las palabras de Freire (2004), es vital reflexionar sobre la práctica, es decir, aquella meditación que permite el distanciamiento de las acciones, y lograr con ello la producción de conocimiento y, si es del caso, mejorar los procesos educativos y formativos.

Este escrito busca descifrar las emociones que se despertaron al llegar a la Escuela Normal Superior de Abejorral. Como lo señala el mismo Freire (2004), el miedo y la incertidumbre surgen al enfrentar el primer día de clases, del encuentro con las familias, con los compañeros y de los cambios que personalmente acontecen con ocasión de la llegada a una nueva institución y el ingreso por primera vez al magisterio oficial.

¹⁰Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Zoila García de Guzmán. Magister en Didáctica de la Literatura.

En el caso particular, la vocación de maestra surgió en mí desde muy pequeña. Siendo una de las hijas mayores en mi familia, ayudaba en la tarea de mi madre con mis hermanos más pequeños, explicaba, buscaba en diccionarios, en libros, con conocidos y hasta con los compañeros las posibles soluciones a muchos de los trabajos académicos con los cuales llegaban a casa. En un tiempo cuando todavía la red de internet no estaba tan presente en nuestras vidas, tener de aliada a la bibliotecaria, a una amiga del grupo o simplemente haber entendido la actividad bastaban para culminar con ella y poder salir a jugar.

De aquel tiempo surge una inquietud por la enseñanza, algo que más tarde se transformó y maduró con los propios hijos y su ingreso en el sistema educativo, cuando las tareas se multiplicaban, los ejercicios se incrementaron y las posibilidades de acceso a la tecnología eran más bien limitadas pero, con todo, la energía de ayudar, enseñar, explicar y compartir con mis hijos y sus compañeros fueron perfilando mi futuro quehacer profesional.

Más adelante, la oferta laboral tomó otros rumbos hacia iniciativas como el Programa de alimentación escolar, lo que me acercó a la realidad de las instituciones educativas, a sus problemáticas para colaborar en la formulación de planes en la localidad y atender estas realidades. Mientras todo esto ocurría, llegó al municipio una oferta de formación profesional como licenciados, con amplias oportunidades de acceso. Muchos fuimos los que iniciamos, pocos los que terminamos. Con todo, inicié como maestra en diversas instituciones educativas de mi municipio y de otros, donde se abría la alternativa por medio de la prestación del servicio. Hasta que llegó el concurso y, junto con este, la anhelada vinculación en propiedad.

Para mí fue la recompensa a una vocación de vida, a una entrega en mi hogar con mis hijos y hasta un premio por las grandes tribulaciones en las cuales, como familia, hemos

sido confrontados. Una recompensa que trajo nuevas personas a mi vida. Niños, niñas y jóvenes hermosos, alegres, dinámicos, vivaces en la sede Zoila García de Guzmán de la vereda Quebrada Negra del municipio de Abejorral. Familias solidarias, participativas y con gran sentido de pertenencia por su escuela, en fin, una comunidad que me acogió como suya, cuando en el fondo yo me sentí como una foránea.

Esta extrañeza surgida en los primeros momentos en la vereda y en la sede rural pronto dio paso a un sentimiento de cercanía y familiaridad, que se extendió con los compañeros docentes de la Escuela Normal Superior de Abejorral, ya que desde un principio he sentido el acompañamiento de otros maestros que con cuidado y entrega me han ayudado ante las innumerables dificultades que han ido surgiendo. Se trata, como lo dice Freire (2004) de leer el contexto, observar, detallar, reflexionar, transformarse y ayudar a transformar.

Un ejercicio que invita a la construcción de otros mundos posibles, a la configuración de escenarios de la palabra en el salón de clases. Provocar la pregunta y abrirse a las posibilidades del encuentro en el diálogo, la vivencia de los valores y la proyección de una sociedad mejor. Así, pues, mi labor como maestra en esta vereda ha estado marcada por un trasegar que inicia en la madrugada desde mi hogar, acompañada por mi hijo que me lleva hasta la vereda en su moto, atravesando caminos estrechos, llenos de huecos y pantanos, lo que contrasta con un paisaje hermoso entre el verde de las montañas y el azul del cielo; sobre los tejados de la vereda, el humo de los fogones cargados con ollas donde guisan la comida da muestra del inicio de la jornada, mientras que los niños y jóvenes con manos acostumbradas al ordeño, el acopio de leña y las faenas del campo, corren a la escuela con una sonrisa de oreja a oreja. Sus mentes y corazones están inflados de una alegría extrema en busca de temas fascinantes y libros maravillosos. Así transcurren los días y cada tarde, mientras el sol cae, llegan

a casa a contar qué nuevos temas e historias aprenden cada día, seguros de que sus familias, ansiosas, aguardan junto al fogón encendido por la historia del día y la aventura de adentrarse en ella.

Y al terminar la jornada, luego del ejercicio de las clases, la atención a las familias, las rutinas que hay que atender en una sede rural, se ven revitalizadas en la interacción con los estudiantes, pues son sus vivencias las que dan sentido al quehacer docente, las que fortalecen la reflexión y las que invitan a ampliar nuevos horizontes, son sus preguntas las mismas que caminan con uno, dando vueltas en la mente, y al llegar a casa, cuando cae el ocaso, después de un viaje de casi 2 horas, suscitan la lectura, la visualización de videos, la descarga de material y, con ello, el regreso con respuestas para hacer nacer nuevas inquietudes en cada mente de los educandos. Esta forma de caminar juntos me ha permitido explorar nuevas facetas de mi trabajo y, sobre todo, de mi propia personalidad, abriendo las puertas de la sensibilidad que me ha permitido valorar mi condición de maestra y el lugar donde estoy, llena de gratitud, por la oportunidad de ayudar a transformar vidas.

La tarde caía. Era el momento de compartir lo que cada uno había traído: una fruta, un chocolate, un mecate, una golosina... rodaban de mano en mano. Hubo un momento de dispersión espontáneo, unos iban al baño, otros buscaban otro café, algunos estiraban su cuerpo mientras caminaban entre los alrededores de la escuela. No faltaba el que tomaba fotografías sin parar de cada detalle natural y social que allí acontecía, quizá estimulado por la evaluación de desempeño. La líder del microcentro rural entendió de inmediato y acogió el momento diciendo: compañeros... ¡15 minuticos para que descansemos!

Uno de los compañeros que además era escultista nos invitó a varios de nosotros a que fuéramos con él al cuarto de

herramientas a traer leña. La idea era hacer una fogata. Nos encantó la idea. Nos pusimos en marcha y apenas llegamos al césped donde se encontraban todos, la líder asintió con su cabeza mientras sus ojos brillaban con la alegría juvenil que nunca se nos va cuando sabemos cultivar experiencias genuinas. Comenzamos a ordenar la leña formando una pirámide, no sin antes agregar trozos de parafina (vela) y algunas hojas secas tanto en el fondo de la pirámide de leña como en su superficie. Y mientras encendíamos la fogata, Mónica comenzó su relato.

Desde el oriente hacia el norte de una nueva pedagogía

Por:

Mónica Andrea García Castro¹¹

El día que inicié un nuevo camino llegué a San Bartolomé, una vereda al oriente del municipio de Abejorral. Allí encontraría la ruta que me llevaría a la escuela, pero ¿cómo iniciar camino donde no hay camino? Conocí por vez primera el lugar que seguiría recorriendo durante varios días, pensaba de manera positiva convencida de que había sido afortunada al estar allí. Sin embargo, el panorama intentaba restarle motivación a lo que sería mi experiencia en este lugar.

Un camino que parecía fácil, en el instante en que decides recorrerlo muestra obstáculos en forma de grandes rocas y pantanos. Surge el miedo de caer, está presente el riesgo en todo momento impidiendo que avances, que continúes. Tienes dos opciones: retroceder y devolverte o, con mucha fortaleza, pasar el obstáculo intentando construir un camino para llegar a un lugar anhelado, un lugar de esperanza donde están puestas ilusiones de transformación.

¹¹Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede San Bartolomé. Licenciada en Educación Básica, Ciencias Naturales con énfasis en Educación Ambiental.

Este lugar donde el color naranja refleja calidez, iluminando los días, un espacio que emana sentimientos de gratitud y muestra la libertad del espíritu en las bandadas de garzas blancas que con sus picos besan el cielo, permite encontrar la serenidad en los cantos de las aves y el verde del horizonte que despeja el pensamiento y muestra caminos. Allí se encuentran personas que con sus abrazos regresan la calma y la tranquilidad, enseñándonos que, a pesar de la dificultad en el camino, vale la pena llegar hasta allá. Motiva un saludo lleno de alegría, como si el docente fuera un refugio para ellos donde se sienten queridos y reconocidos. Saludos que alimentan el alma de gratitud. Sentimientos que disminuyen la incertidumbre sobre la forma de iniciar cuando no has tenido la experiencia de habitar un espacio en el que convergen diferentes áreas del conocimiento, diferentes grados y dificultades de todo tipo al mismo tiempo.

Todos los días, acompañada de las mismas preguntas que no dejan ver el paisaje, parecía no encontrar un camino para realizar mi labor docente de manera satisfactoria. Tenía la necesidad de una brújula que me ayudara a orientar los procesos pedagógicos ahora enfocados en una nueva realidad, la de la educación rural.

Es así como en el microcentro rural encontré ese instrumento que ayuda a ubicarte cuando te sientes perdido en el camino. Durante el recorrido fui encontrando las pistas y los materiales para reconocermé en un nuevo espacio, con un nuevo modelo educativo flexible, en el que tienen cabida todos mis estudiantes, las áreas y los diferentes grados, las iniciativas de investigación para generar nuevo conocimiento, los proyectos que son motivación en mí y en ellos. Parece que esta brújula me ha permitido encontrar el norte de una nueva pedagogía. Ahora me pregunto ¿qué sigue en el camino, a dónde me conduce? Pero ya no tengo preocupación... *Llevo la brújula conmigo.*



La fogata comenzaba a elevarse. Era inevitable el recogimiento al que invitaba, máxime con la temperatura que seguía bajando mientras el aire cada vez más frío nos convocaba a sentarnos en círculo frente a ella. Alba comenzó a cantar mientras Yasmín la acompañaba con una guitarra que apareció de la nada y Consuelo tacaba los bongos con timbal sabroso. Los otros comenzaron a aplaudir al ritmo de la canción. El cuerpo de Tatiana no aguantó más y se contorneó con estilo libre invitando a Carlos, Leo y los demás a bailar de formas mil. En trencito iban creando estaciones donde dejaban y recogían a los maestros. Las risas no paraban... y al terminar la canción todos gritamos y saltamos de alegría. *¡Inolvidable encuentro, compañeros!*

Y con notables vibraciones en los cuerpos sacudidos por el baile, nos sentamos de nuevo a reposar y escuchar el relato de Alba, quien dijo jocosamente: *mi relato había comenzado con la canción... ahora, prosigo...* Todos reímos y atentamente escuchamos su testimonio.

Olor a triunfo

Por:

Alba Azucena López Giraldo¹²

¡Nunca es tarde!, pensé el día que se me presentó la oportunidad de ser docente. ¿Dónde? ¡No sé!, ¿Quizás lejos? ¿Quizá cerca de mi pueblo, donde he vivido toda la vida, donde formé a mi familia? Nada tenía seguro, solo el destino sabría adónde llevar todas mis ilusiones, mi corazón lleno de amor y de esperanza, la motivación para enseñarles a pequeños seres con ganas de aprender ¿Qué voy a encontrar? Iba a dejar toda una vida atrás, 30 años laborando para la alcaldía de La Unión se iban a acabar cuando renunciara. ¿Qué haría?, tantas preguntas, tantas ilusiones, tantos miedos, tantas esperanzas, todo era un torbellino de emociones.

La incertidumbre cesó el 10 de noviembre de 2023 cuando, en una audiencia en la que luchaba con otros 500 docentes, escogí el Centro Educativo Rural San Bartolomé para ser docente de planta. El 9 de enero de 2024 fui nombrada para la Institución Educativa Normal Superior de Abejorral sede San Bartolomé. Conmocionada, viaje un día miércoles a presentarme a la Institución, conocí a los compañeros de trabajo, encantadores, pertenecientes al microcentro rural, lugar donde cada uno es escuchado, se dan propuestas de interés para avanzar en la educación, recibimos una íntegra formación para cada día ser mejores maestros, demostrando así una gran vocación por enseñar y formar a la nueva sociedad. La Escuela Normal Superior de Abejorral ahora sería mi nuevo hogar, donde terminaría mis años laborales. Una escuela maravillosa en la que se propone el programa de formación complementaria para maestros, respetando una hermosa filosofía con un maestro humano e íntegro, capaz de reflejar en sus estudiantes un desarrollo

¹²Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede San Bartolomé. Licenciada en Básica Primaria con énfasis en Lengua Castellana.

armónico para construir una persona ética. Confirmé que había tomado la mejor decisión.

A la semana siguiente, iniciaba lo que verdaderamente estaba destinada a hacer, centrarme en nutrir de conocimiento a los niños criados en la vereda San Bartolomé. No fue un camino fácil de iniciar, la escuela queda a 3 horas de donde vivo. Me tendría que alejar por una semana de mis dos hijos y mi esposo, apartarme de mi hogar.

La mañana del día lunes, confundida con mis sentimientos, llena de miedo y de emoción, me dispuse a emprender el viaje, todo estaba listo, era ahora o nunca. Un taxi que tomé en La Unión me acercó a Mesopotamia, allí me esperaba una moto que en 20 minutos me llevaría a la escuela, este fue el trayecto que me mostró la realidad a la que me dirigía. Un sendero con rocas, lomas, lodo, difícil de transitar que se asemejaba a una montaña rusa donde la adrenalina de una posible caída se avizoraba por mi mente. Mis miedos se estaban potenciando, no estaba acostumbrada a las motos y mucho menos al campo. Luego, al llegar a la escuela, un pequeño lugar naranja transmitía vitalidad, me sentí un poco más tranquila. Me les presenté a los padres y conocí a mis niños, quienes serían los primeros que se montarían a este barco de conocimiento. La noche llegó y mi mente inquieta comenzó a abrumarme, la oscuridad me atormentaba y en ese momento todo se apagó. No fue tan maravilloso y así pase los siguientes 4 días. En la mañana me sentía felizmente acompañada, y en la noche este sueño se volvía tenebroso, pensé que realmente esto no era lo que había anhelado, todo estaba oscuro y estaba lejos de mi familia, de mi hogar.

El fin de semana, aunque estaba en casa, no dejaba de pensar en la escuela, un lugar hermoso, colorido, pero donde me sentía realmente perdida, sin horizonte, sin visión. ¿Será que vuelvo? ¿Qué haré? fueron los dos interrogantes que me rodearon todo el fin de semana. En mi casa todos me

llenaron de amor, me motivaron... y al lunes inicié mi labor, feliz con mis muchachos, entusiasmada, a lo que fui destinada por mi propia decisión.

Luego de un tiempo, después de tanta espera, fue nombrada una compañera nueva, joven, iniciando la travesía de la docencia con mucho vigor, con energía, con amor y con ganas de continuar en este proceso, dando con mayor suerte, ya que vivíamos en el mismo pueblo. Viajábamos a diario en la moto de ella y cada día me acostumbre más al largo camino. Se me hace tranquilo, me siento cada vez más segura del cambio que hice en mi vida. Siento que estoy aportando vida, cultura, amor y pasión a los estudiantes por sus propios procesos formativos. Ya había cumplido con mi misión en la vida, pero se me presenta este olor a triunfo, después de años de estudio y de espera, siento un fresquito en mi corazón... y *¡soy muy feliz!*

La fogata chispeaba creando un efecto craqueante desde donde emergían destellos luminosos que, como estrellas recién paridas por la noche mágica, presenciaban nuestros relatos. La noche se acentuaba con el sonido de los grillos que sacudían sus patas, mientras el croar de las ranas asistía una melodía nocturna y natural que se posaba entre nosotros. Nos pusimos nuestras chaquetas, y un compañero nos trajo un termo lleno de café recién molido. ¡Para compartir esta buena velada!, dijo mientras nos servía el más fino aroma vertido en los pocillos. La líder del microcentro rural nos manifestó su gratitud por el encuentro tan especial que habíamos creado juntos. Yasmín la interrumpió sin pena: ¡Todavía faltó yo por leer mi relato! Y entonces nos dispusimos a escucharla, a sabiendas de que esperaríamos las palabras finales de nuestra líder en el momento preciso.

Sembrador de amor y sueños

Por:

Yasmín Elena García Chica¹³

Cada mañana al despertar le doy gracias a Dios, antes de emprender el viaje a un sitio fenomenal, por donde transito en medio de quebradas, caminos pantanosos, pedregosos, días soleados, nublados, lluviosos, flores, árboles, montañas, pájaros, mariposas, vacas pastando, caballos cargados de canecas con leche, junto al sonido suave del viento que sopla en mis oídos. Todo ello lo disfruto porque este recorrido al maravilloso medio rural lo vivo a plenitud con paz interior, alegría y gratitud. *¡Oh... y qué gran satisfacción!* cuando veo desde la lejanía una hermosa escuela pintada de colores vivos que iluminan el paisaje natural.

Salen al encuentro niños alegres, sonrientes, amables, cariñosos, que extienden sus brazos para brindarle amor a la docente que llega, siempre prestos y atentos a servir y darle lo mejor. Se abre la puerta del encanto y del aprendizaje, donde hay jardines de diferentes colores y olores, un parque infantil fantástico que atrae a los niños. Carteleras que armonizan el espacio, un patio de recreo de juegos, risas y travesuras. Aulas que inspiran la construcción del conocimiento, espacios lindos que favorecen el proceso de formación, compañeros de trabajo de rostros sonrientes y ojos expresivos, prestos a brindar su linda amistad y ayuda.

Me arriesgo y me lanzo a la aventura. Doy mis pasos suaves, firmes y seguros rumbo a lo que quiero alcanzar con mis estudiantes, llevando puesta la mirada en inculcar valores, especialmente el amor a toda actividad que emprendan, que la realicen con orden, disciplina y dedicación para alcanzar sus metas. Los motivo a perseguir sus sueños. Reconozco

¹³Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Zoila García de Guzmán. Especialista en Pedagogía de la Recreación Ecológica.

que cada estudiante es un mundo diferente, que avanza de acuerdo con sus capacidades y límites, para lo cual le permito que pinte y plasme en su pizarra lo que desea ser y llegue a la cima de sus ideales.

Descubro en la cotidianidad sus talentos y capacidades que los hacen ser fuertes y valientes para desempeñarse en el contexto que les toca. Sigo aprendiendo y recorriendo el maravilloso mundo de la docencia hasta llegar al espacio de formación, el microcentro rural, en el que se respira un ambiente de armonía y tranquilidad.

En este lindo espacio nos encontramos cada mes los docentes de las sedes rurales de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral para compartir experiencias significativas. Se construyen saberes desde el componente pedagógico curricular, se implementan estrategias metódicas que contribuyen a mejorar nuestra praxis pedagógica, las dinámicas institucionales y comunitarias.

Llevo en mi corazón una experiencia linda y significativa en el espacio del microcentro con el trabajo de las historietas creadas por los estudiantes con personajes reales de cada comunidad, donde cuentan costumbres, arraigos, creencias, tradiciones y todo lo de su contexto. Lo cuentan con propiedad y demuestran empoderamiento por lo que hacen; todo ello nos da pie a los docentes rurales para continuar con más entereza en el proyecto de *Las comunidades hablan*.

Es por ello por lo que en el microcentro se recrea y dinamiza el conocimiento. En cada docente hay una gran riqueza profesional desde su saber y las áreas específicas que domina. Otros aspectos a resaltar son el trabajo cooperativo de los docentes, el empoderamiento con las diferentes didácticas, el proyecto pedagógico que se articula y transforma desde las realidades propias del contexto rural, integrando las áreas con el propósito de dinamizar

el currículo.

El proceso que se desarrolla se sistematiza, se evalúa, buscando siempre mejorar y convertir las dificultades en oportunidades hasta alcanzar, en algunas ocasiones, fortalezas. La experiencia en el entorno rural me sorprende cada vez, porque día a día son nuevas vivencias con los estudiantes, compañeros, padres de familia y comunidad en general, que dejan huellas en el corazón, momentos que nos llevan a reflexionar y pensarnos cómo seguir fortaleciendo nuestra práctica pedagógica y su aporte al desarrollo comunitario.

Esta mágica aventura educativa continúa, porque constantemente se actualiza, se movilizan los procesos, lo cual implica que el docente esté dispuesto al cambio, innove y transforme el contexto en el que se desenvuelve. Por estas y muchas más razones, sigo siendo la maestra que madruga a labrar con cuidado y dedicación el arado, sembrando semillas de amor, esperanza, aportando a ese moldeado sueño de los estudiantes mientras se van volviendo realidad.

Nos quedan solo dos relatos: el de Consuelo y el de Tatiana, expresó la líder del microcentro rural. La fogata comenzaba a apagarse. ¡No dejemos que se apague!, dijo uno de los compañeros. Iré por un trozo más de leña. Y sin esperar más, Consuelo comenzó la penúltima lectura del microcentro rural:

Microcentros semilleros de saber y esperanza: una travesía de aprendizaje y crecimiento en los caminos rurales

Por:

María Consuelo Ospina¹⁴



Las experiencias, los aprendizajes, los encuentros amenos y la búsqueda de conocimientos son sinónimos de todo aquello que he encontrado a lo largo de mi estadía en la Escuela Normal Superior de Abejorral. Ha sido un oasis de aprendizaje colectivo en los vastos senderos rurales que recorro en mi oficio y una ventana invaluable para ampliar mi perspectiva como maestra rural. En cada reunión confluyen experiencias, anécdotas y visiones diversas de mis queridos colegas, enriqueciéndome con sus idiosincrasias y mostrándome nuevos prismas para apreciar el mundo. Juntos forjamos un espacio de crecimiento mutuo, comprometidos a plasmar con dedicación los temas propuestos en nuestra agenda mensual.

Ser maestro rural significa para mí, mi mayor orgullo, pues son esos lugares donde se respira paz y abundancia. Desde cada lugar existe un universo de experiencias, donde los hilos de la sabiduría se entrelazan con los conocimientos académicos, para tejer una educación viva y pertinente. Mi labor como maestra rural es un lienzo vivo, donde cada día pinto con matices diversos las historias que mis estudiantes me regalan. Ellos son los protagonistas de mi relato vital, quienes con sus vidas, pensamientos y anhelos me inspiran a ser un faro que ilumine sus sueños más osados. Aun cuando el cansancio intenta diluir algunos pasajes, su presencia me recuerda que la docencia es un tesoro de experiencias únicas. Respirar la paz y abundancia de estas tierras es mi mayor dicha. Es hermoso y satisfactorio cuando los niños me reciben con

¹⁴Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Zoila García de Guzmán. Especialista en Ética y Pedagogía.

ojos brillantes y expectantes, ansiosos por descubrir los caminos que se abren hacia la realización de sus quimeras.

Nuestras experiencias en la ruralidad y en los microcentros son esa ventana privilegiada que nos permite asomarnos a diversas realidades y perspectivas. En cada reunión mensual confluyen las voces de colegas apasionados que se han entregado en cuerpo y alma a la noble tarea de formar las nuevas generaciones de estas comunidades campesinas. Cada uno trae un bagaje único, moldeado por los desafíos y alegrías que ha encontrado en su aula y su vereda. Es así como compartimos nuestras historias, anécdotas y lecciones aprendidas con humildad y apertura. Porque somos conscientes de que la educación no es un camino lineal, sino un entramado de senderos que se bifurcan y entrelazan, desafiándonos a ampliar nuestros horizontes constantemente.

En estos espacios intercambiamos conocimientos pedagógicos y estrategias didácticas mientras exploramos temáticas profundas que trascienden las paredes del aula. Analizamos las realidades socioculturales de nuestros estudiantes, buscando comprender sus sueños, anhelos y obstáculos. Porque solo así podremos pensar y diseñar experiencias educativas verdaderamente transformadoras.

Nuestras discusiones giran en torno a preservar las tradiciones que dan identidad a estas tierras, pero también a abordar las problemáticas que aquejan a nuestras comunidades. Somos conscientes de que la educación es una herramienta poderosa para sembrar esperanza y promover el desarrollo sostenible. En nuestros microcentros, forjamos esa munición de cambio a través del intercambio de ideas, el debate respetuoso y la construcción colectiva de propuestas innovadoras. Porque la educación rural no es solo una cuestión de impartir contenidos académicos, sino también el compromiso de formar seres humanos íntegros, capaces de valorar su entorno, abrazar sus raíces y soñar con un futuro más justo y próspero para sus comunidades.

En estos encuentros del microcentro también rendimos homenaje a aquellos maestros que nos precedieron, verdaderos faros que iluminaron el camino con su dedicación inquebrantable. Ellos son los pilares sobre los cuales se erigen nuestras escuelas, y sus huellas perduran en cada generación de estudiantes que hemos tenido el honor de guiar. La formación y la educación, desde una perspectiva pedagógica, trascienden el aula de clase, posibilitan el cultivo tanto de la voluntad como de la razón, pues solo así podremos cosechar personas libres, una sociedad justa y compasiva.

Cada reunión es un espacio sagrado donde compartimos nuestras luchas, celebramos nuestros logros y renovamos nuestro compromiso con la vocación más noble: formar seres humanos íntegros y comprometidos con el bienestar de sus comunidades. Porque es en estos caminos rurales donde la vida transcurre al ritmo pausado de las temporadas. Hemos aprendido que la educación no es un acto solitario, sino una danza colectiva donde cada uno aporta su paso único y especial.

Estos tópicos emergen de un genuino entendimiento de las necesidades de nuestros estudiantes, fruto de las vivencias compartidas en las aulas. Es allí donde tejemos proyectos hilo a hilo. Nuestro objetivo es infundir esperanza y resiliencia en cada joven que se cruza en nuestro camino. Por ello los microcentros son un continuo de procesos esenciales, una oportunidad para reencontrarnos con nuestra esencia como formadores y aportarle al desarrollo de nuestras veredas. Caminamos unidos dejando huellas bonitas en la mente y en el corazón de los estudiantes para impactar y trascender con la enseñanza, de tal manera que nuestro servicio genere un legado vivo que fortalezca el tejido comunitario. No solo exploramos métodos de enseñanza o teorías educativas, sino que nutrimos nuestras almas con valores esenciales como la empatía, la paciencia y la solidaridad, porque somos conscientes de que nuestro papel trasciende las paredes del aula,

convirtiéndonos en guías, mentores y modelos a seguir para nuestros estudiantes, sus familias y comunidades. Así, nuestros microcentros se convierten en *verdaderos semilleros de saber y esperanza*, donde cultivamos los sueños de nuestros estudiantes y regamos las semillas del cambio para cosechar un mañana más justo y próspero. Además, disfrutamos cada paso en la travesía del aprendizaje y del crecimiento por los caminos rurales.

Le agradecemos a Consuelo por compartírnos su valioso relato. Todos miramos a la líder del microcentro rural, quien de inmediato dirigió a su vez la mirada a Tatiana, la última compañera en compartírnos su testimonio. Y sin titubear, Tatiana comenzó a leer su relato con voz pausada y meditada.

Las montañas que enseñan

Por:

Tatiana Betancur Carvajal¹⁵

El ser maestra a lo largo de los años y de las diversas experiencias me ha demostrado cómo mi formación, más que darse en una universidad, comienza cuando llegamos a esos lugares un poco viejos pero muy cálidos, deteriorados pero llenos de grandes ilusiones, muy escondidos pero llenos de experiencias hermosas. Estos lugares los llamamos escuelas. Y tal vez sea un poco sorprendente que esos lugares pequeños y ubicados en medio de tantas montañas y alejados de las grandes civilizaciones sean los causantes de un montón de conocimientos y experiencias que día a día me construyen no solo como maestra sino también como persona. Por lo anterior, muchas veces

¹⁵Docente de la Institución Educativa Escuela Normal Superior de Abejorral, sede Clodomiro Ramírez. Licenciada en Ciencias Naturales y Educación Ambiental.

cuando llegó a casa y me preguntan ¿cómo te fue hoy?, respondo: ¡Muy bien... aprendí mucho!

Tal vez sea una respuesta un poco fuera de lo común; sin embargo, no podría ser otra. Porque ese pequeño espacio del cual resalta su color naranja día a día me brinda oportunidades para reflexionar, aprender, crecer y descubrir cómo ningún libro y título universitario lo ha hecho. Y lo más sorprendente es como todo surge a través de la sencillez de la vida cotidiana, de mis estudiantes, sus historias, anécdotas y sueños. Con esto me demuestran que la educación no es solo la adquisición de un montón de conocimientos disciplinares, sino además un intercambio constante de experiencias y sentimientos.

Recuerdo un día en particular, cuando nos encontrábamos en el pequeño salón de postprimaria en medio de un fuerte aguacero y el sonido de los pájaros que se resguardaban de él. Hubo una falla eléctrica y los rayos se veían caer a través de la ventana, buscábamos una vela o una linterna para tratar de dar luz a este lugar y poder continuar con nuestras actividades. Sin embargo, luego de una larga búsqueda, solo encontramos unas pequeñas semillas que, si bien no iluminaron el espacio, brindaron la posibilidad de darle un gran giro al encuentro de ese día. Los estudiantes, sin necesidad de preguntar, iniciaron un diálogo sobre esas semillas y sus experiencias en la siembra y el campo. Era tan sorprendente ver cómo los estudiantes hablaban con tanta propiedad, dominio y seguridad que me hicieron guardar silencio, tomar nota de manera rápida en mi cuaderno y preguntar por cada uno de esos procesos que mencionaban, los cuales para ellos eran tan comunes y para mí, tan desconocidos. Ese día, sin libros, ni tableros, aprendí más que nunca.

Fue en ese momento en el cual comprendí que ser maestra también es aprender, permitir la interacción entre los estudiantes, aprender a valorar sus conocimientos y partir

DOSSIER

de estos para preparar cada uno de los encuentros, puesto que ellos merecen ser reconocidos y valorados, y, sobre todo, merecen recibir información que estimule la riqueza formativa y el conocimiento patrimonial del campo. A pesar de que tengo poco conocimiento sobre él, tengo la certeza de que, al tener esos pequeños guías, que me retan, enseñan e invitan a sumergirme en sus realidades, necesidades y gustos, puedo llegar a aprender para poder ser un caminante más en sus vidas que los acompañe a cruzar montañas, para que continúen sembrando semillas que les permitan apreciar su vida, todo lo que los rodea y crecer hasta lugares insospechados.

Ser maestra en este lugar es un privilegio, un reto y una gran responsabilidad. Es comprender que la educación va más allá de las guías y de las clases teóricas. Es reconocer que, aunque los estudiantes aprenden, los que más conocimientos adquirimos somos nosotros los maestros, por lo cual cada día regreso a casa con muchos logros, ideas y retos, sabiendo que no solo he enseñado, sino que también he aprendido, que no solo he orientado sino que también he sido orientada.

Así, cuando me preguntan cómo me fue en el día, puedo seguir respondiendo con honestidad, certeza y gratitud: ¡Muy bien... aprendí mucho! Porque en las montañas y las escuelas que están en ellas, en esos rincones llenos de color, risas y sabiduría, descubro que enseñar es en realidad un viaje continuo de aprendizaje, reflexión y crecimiento. Y es un viaje que agradezco cada día. Porque cada día es un placer llegar a este hermoso lugar, no solo por el hecho de llegar a esas montañas llenas de tranquilidad, sino por el hecho de compartir con esas personitas que son llamados estudiantes, pero que para mí son mis maestros, *¡los maestros de las montañas!*

En ese mismo instante la fogata se apagó. La oscuridad de la noche se expresó con todo su furor. Tatiana señaló al cielo para que observáramos las estrellas que titilaban. ¡Es hermoso! Respiramos profundamente como si quisiéramos tragarnos la fragancia de la noche estrellada. La líder del microcentro nos miraba. Sus ojos brillaban intensamente, fue como si se hubiera puesto el brillo estelar de la noche en sus pupilas, y con un tono suave nos dijo: no queda mucho que decir después de escucharles hoy. Ustedes han hurgado profundamente en la sensibilidad del ser maestro. Han otorgado un halo sagrado a sus vidas entregadas a las comunidades, familias y estudiantes. Me han enseñado lo que yo no podría en sus sencillas y honestas palabras. Me han devuelto el misterio que había perdido por un momento. Decir gracias se queda corto para expresar lo que me han permitido vivir.

Por un segundo se silenciaron hasta los grillos. Todos nos miramos y, poniéndonos de pie, comenzamos a aplaudir y a abrazarnos mientras al oído de quien teníamos en los brazos le íbamos expresando nuestro cariño fraterno. Al siguiente instante, sonaba el motor de la chiva que se acercaba y pitaba fogosamente anunciando el viaje de retorno al pueblo. En un círculo que formamos espontáneamente nos cogimos de las manos. Un viento sopló fuerte entre todos e hizo de repente que se encendiera de nuevo la fogata. Una llama pequeña iluminó nuestros rostros. Todos en secreto pedimos un deseo. Todos. Después de tres segundos, no más que eso, se apagó definitivamente el fuego. Nos soltamos de las manos. Cada uno cogió su mochila y sus cosas y lentamente nos montamos a la chiva. Comenzamos el descenso y, ya de lejos, veíamos la escuela hasta que desapareció en medio de la noche.





Abejorral (Antioquia, Colombia)
Fuente: Alba Azucena López Giraldo (2024).

Referencias

- Bachelard, G. (2002). *El aire y los sueños*. Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. (1998). *Ficciones*. Alianza Editorial.
- Cortázar, J. (2008). *Rayuela*. Ediciones Cátedra.
- Freire, P. (2004). *Cartas a quien pretende enseñar*. Siglo XXI Editores.
- García Márquez, G. (2004). *Cien años de soledad*. Grupo Editorial Norma.
- Montaigne, M. (1995). *Ensayos*. Altaya.
- Murakami, H. (2006). *Kafka en la orilla*. Tusquets Editores.
- Onfray, M. (2018). *Teoría del viaje*. Taurus.
- Ortega Madrid, E., & Pérez Ramírez, F. A. (eds.) (2020). *21 años creciendo juntos: formación integral de la persona en comunidad. Colegio Monseñor Alfonso Uribe Jaramillo*. Fondo Editorial Universidad Católica de Oriente.
- Pestalozzi, J. (2003). *El canto del cisne*. Laertes.
- Sábato, E. (1961). *Sobre héroes y tumbas*. Editorial Planeta.
- Santoni, A. (1996). *Nostalgia del maestro artesano*. Editorial Porrúa.

Este *Dossier* es resultado del proyecto:
Fortalecimiento de la Educación Rural a través de la
Formación a Maestros en Modelos Educativos Flexibles
(N° 90332), suscrito entre el Ministerio de Educación
Nacional de Colombia, la Escuela Normal Superior de
Abejorral y la Universidad Católica de Oriente, en el
marco de la estrategia:
Consultorio Pedagógico y Educativo 2025.

Impreso en Divegráficas S.A.S
en el mes de febrero de 2025

Lo puesto en juego aquí son los testimonios de las vidas que se hacen a partir de los viajes, así como de los viajes que han configurado nuestras vidas y que, al mismo tiempo, nos han constituido en maestros en medio de nuestros recodos. Todo esto a través del principio de la *memoria imaginada* que orientó el ejercicio escritural.



DOSSIER

Vidas, viajes y maestros:

 *encuentros* en el
microcentro rural 

